

# EL CATOLICISMO.

PERIODICO QUINCENARIO.

Religioso, Filosófico i Literario.

Non enim quod bonum est male accipiunt et rursus parum colant, legitime pugnant, atque intra limites nostras, quosque regulam non sunt conturbantes. — S. REGON. N. 1742.

## Derechos del hombre.

(CONTINUACION)

### Dignidad del hombre sobre las demas criaturas en el orden del Universo.

Acerquémonos ahora a ver cual es la dignidad del hombre entre la multitud de seres que pueblan la Creacion, cual es el especial lugar que ocupa respecto al último fin de todo, i respecto a las demas criaturas: pues segun los principios establecidos, en esto consiste su dignidad. Dícese por todos, i se dice con verdad, que el hombre por su naturaleza, esto es, por las nobles propiedades que le constituyen hombre, es el Rei de la Creacion, que esta tierra que pisamos, cuyo seno entraña riqueza sin número, cuyo suelo esmalta, inmensa variedad de flores, coronas esquisitas frutos, doran ricas mieses, riegan los torrentes de las aguas, guarecen i fecundan ranchas de nieve, todo en sazón, lugar i medida; que esta tierra iluminada durante el dia por los resplandores del sol, cubierta por la noche con un velo bordado de diamantes, purificada de los miasmas malignos por el trueno i el rayo, no es mas que un palacio de hospedaje i de tránsito, hasta que llegue a otra morada de inmortalidad, de descanso, de paz i de delicias. ¡Ojalá que los hombres no olvidasen la hermosa i terrible verdad encerrada en estas palabras, que la meditasen noche i dia, i no quedasen satisfechos con el sabor solo de frases risueñas i pintorescas! Por desgracia son pocos los que meditan i menos los que meditan en las verdades donde está consignado nuestro destino.

Ensalzen enhorabuena otros la dignidad del hombre, enumerando los prodijos de la invencion del humano entendimiento, las ciencias elevadas ya casi a la cima del saber, el progreso de las artes i de la industria. Quiera el cielo que estos adelantos tan útiles i tan dignos de ser protegidos, no acarrean al hombre por nuestra voluntaria fatalidad, mas orgullo, presuncion i olvido de nuestra verdadera felicidad, que prosperidad i riquezas. Al filósofo toca en primer lugar examinar. ¿Qué es el hombre?—De qué manera especial ha sido destinado i debe concurrir al último fin de todo? ¿Qué medios ha puesto Dios en sus manos, i cómo ha de valerse de ellos? No son estas cuestiones de mera mistica, son cuestiones de que dependen altos principios.

Dejemos a los materialistas en contradiccion con su propia razon, i con el principio de todos sus deseos, que es el amor a la felicidad: combinen cuanto quieran los movimientos íntimos de su organizacion i determinen la resultante *idea*, la resultante *juicio* la resultante *deseo* i las leyes de sus respectivos movimientos: añáense en buscar el orden i armonia con que al fin tan varios movimientos han de producir sin destruirse el uno al otro, sin destruir la organizacion, para llegar a un estado de complemento i perfeccion; a lo que se creen destinados a llegar como una planta contra su propio deseo de inmortalidad. Todo hombre sensible, como todo verdadero filósofo, cuando siente en sí mismo dos voluntades íntimamente unidas: la una, trono de la felicidad i la de del amor; la otra, el cuerpo mortal; de cuya union con la primera resulta la capacidad de la razon estero.

El alma pues i el cuerpo humano, o mas bien el entendimiento i la voluntad, la sensibilidad i capacidad de obrar con los órganos del cuerpo, dirigida por el conocimiento i el querer, son las propiedades que con las otras que de estas proceden, distinguen al hombre de las demas criaturas. En todas las demas leyes de su organizacion sigue el orden fisico de la naturaleza, con la sola modificacion de llevar en muchos movimientos selladas las afecciones del alma: i como este orden es necesario en su constancia i uniformidad, puestas las mismas circunstancias, con la misma necesidad, llegará al fin último a que está subordinado.

Ahora bien el objeto de la intelijencia es la verdad, el de la voluntad es el bien: la verdad en las cosas o como objeto, es el ser, es la realidad, o mejor para evitar equivocaciones, es la posibilidad o la existencia de las cosas: el imposible, como ni es ni puede ser, como es absolutamente nada, tampoco se puede concebir, pues concebir la nada absoluta es sinónimo de no concebir. Es cierto que el hombre yerra, que su entendimiento se estravia; pero este mismo error supone la verdad del principio asentado, i sin el error mismo sería imposible. El que yerra afirma en su error lo que cree ser real en sí, i esta realidad que se figura concebir es la que le hace afirmar. Así lo reconoce cuando con la reflexion suficiente, que no siempre está en su poder, vuelve de su error se desengaña, i ve que suponía real lo que no lo era. Mas si la verdad es el objeto de la intelijencia humana, porque es el ser, es la realidad, el ser de los seres, la realidad suma, la suma verdad, será el sumo el soberano objeto de la intelijencia; i por razon idéntica el Sumo Bien, el Bien de todo bien, la suma amabilidad, será el objeto soberano de la voluntad. Testimonio nos da de esto nuestra propia conciencia, o sentido íntimo como lo llamamos comunmente; el bueno i el malo, el filósofo i el idiota están acordes si se les pregunta qué buscan qué quieren en todo lo que hacen? ser felices será la respuesta, ¿i hai felicidad verdadera si esta no es completa, cuando no quedan llenos todos los deseos? ¿i hai verdadera cuando esta pueda desaparecer? Además si el hombre desea ser feliz, si no puede arrancar de sí este deseo, que le lleva a todo, al bien i al mal segun es uno u otro supone su felicidad, puede quedar indiferente entre la desaparicion, o duracion sin límites de esa felicidad? i si esto fuese así sería concebible el amor ansioso de esa vida feliz unida a la indiferencia por su existencia? si se ama la felicidad, necesariamente se desea su existencia, i por lo mismo se detesta todo lo que la destruye, todo lo que es su fin, su aniquilacion. Tenemos pues consignado hasta en el testimonio de nuestro propio sentimiento que *el Bien, el Bien completo, el Bien sin fin, la vida feliz, la vida bienaventurada i eterna*, es el sumo, el soberano objeto de la voluntad del hombre: que este amor es el principio de todos sus deseos, de todas sus acciones libres i a el todas se refieren.

Y adoncos a esto una consideracion que le es consiguiente. Este amor tan íntimo i necesario en el hombre, sería un amor sin razon, sería una contradiccion, si no le fuera dable el poder llegar a la consecucion de un objeto tan ansioso i buscado con

300  
\* El original está igual de borroso

todos sus deseos i acciones: pues esa misma imposibilidad sería la total nulidad del objeto soberano de la voluntad. I a la verdad, la primera razon de querer i amar eficaz i necesariamente un objeto; no puede ser otra sino el ser este objeto o real o aparentemente posible i asequible. Lo que se concibe como imposible, se concibe como nulo, i lo que se concibe como inasequible, se concibe como imposible de alcanzar; sería un bien, sería una amabilidad que nada tendría de bueno para nosotros, nada de conveniente, nada de amable, pues o sería nulo, o lo que viene a ser lo mismo, jamás i de ninguna manera podría satisfacer, completar i perfeccionar nuestro ser i nuestros deseos. Pero se podrá suponer aparente, por un error necesario, no ya de un solo hombre, que usando de su razon i esto bastaría para la contradiccion, sino en todo el género humano, un objeto que se desea necesariamente, i cuyo concepto, aunque abstracto, necesariamente precede al desear? Esto sería decir que en la inteligencia humana cabe un error necesario: es decir que es imposible distinguir la verdad del error; es decir que estas dos palabras verdad i error no tienen sentido: pues si el error cabe una vez necesariamente en nuestra inteligencia, ya no hai razon para decir o afirmar que no cabe siempre. Queda pues presentado que nuestro primitivo querer, i raiz de todos nuestros deseos, tiene un objeto real i verdadero en sí, sea este por ahora el que se quiera, i que este objeto es asequible, esto que puede llegar a llenar completamente i perfeccionar nuestro ser i nuestros deseos; siendo el solo lleno i perfeccion de este ser i deseo, la total razon de querer i desear.

Digamos ahora dos palabras sobre la sensibilidad del hombre i sobre la capacidad de obrar por medio de los órganos de su cuerpo en cuanto dependen de su inteligencia i voluntad, para dejar indicados todos los principios, i desvanecidas las dificultades que pudieran sobrevenir. La sensibilidad en el hombre en nada se distinguiria de la de los brutos, sino procediese del alma racional que siente el cuerpo, i en el cuerpo i sintiendo ejerce tambien su inteligencia i amor. La sensibilidad como procedente del alma unida a un cuerpo organizado pues tiene por objeto conocer el estado de este, sus aptitudes i esfuerzos para obrar, la existencia i propiedades sensibles de las cosas exteriores; el amor necesario de la íntima union de las dos substancias, porque el cuerpo con su organizacion vivificada i animada por el espíritu, estendiendo, amplifica la facultad de conocer, estendiendo, amplifica la facultad de amar, con los objetos sensibles, convenientes a las diversas facultades orgánicas, cuya perfeccion pueden procurar, i con la facultad de obrar para su alcance. Así vemos que en este amor va entrañado lo que el Apóstol San Pablo escribía a los Efesios (e. 5. v. 29.) *Nemo unquam carnem suam odio habuit, sed nutrit et fovet eam*; i va entrañado tambien el amor de la felicidad del cuerpo, en cuanto de ella es capaz, como complemento de la felicidad de todo el hombre. Por esto, con tanta maestria como verdad, decía el mayor de todos los filósofos, San Agustin, (De Doctrin. Christ. n. 22.) *Quantum libet homo excedat a veritate remanet illi dilectio sui, et dilectio corporis sui*. Queda, pues, resuelta la primera cuestion de la dignidad del hombre; a saber: que es el hombre, considerado en sus principales propiedades, fuente de todas las demas que se irán deduciendo, al paso que sea necesario para establecer nuestros principios. Solo nos queda esponer algunas consecuencias de lo dicho para pasar a la segunda. —(Continuará.)

haciendo la apologia de la religion católica. Si los pueblos se estremecen, si los tronós son derribados, si las sociedades se desploman, si el género humano se halla en la agonía i el terror, no es sino para justificar la sabiduría de la enseñanza de la Iglesia, i para reducir las generaciones futuras a la observancia de sus leyes, tan deplorablemente desconocidas de nuestros padres i de nosotros. Cuanto mas se estiende i consume la obra de destruccion comenzada en el siglo pasado, tanto mas se descubre la luz. Las causas de la muerte declaran los manantiales de la vida, es decir, se conoce como una sociedad puede vivir en conociendo las causas porque muere. ¿Qué es la sociedad hoy en día? Un cadáver cuya autopsia hace la ciencia política, procurando inútilmente galvanizarle. Ahora donde quiera que el escalpelo descubre una lesion, un desórden, una causa de muerte, ¿qué es lo que se vé? Un principio cristiano falsificado, una lei religiosa violada, una fuerza misteriosa i divina que se ha podido suprimir, pero que no se puede reemplazar, i que faltando ella, faltó todo. En la apariencia no era nada, en realidad era la vida.

Los problemas sociales abundan: solo la ignorancia i la mala fe puede llamarlos nuevos. Ni uno solo hai, de ningun género, que la Iglesia no haya previsto i resuelto desde el principio. Todos esos problemas son nacidos con el hombre: las sociedades cristianas no lo conocen sino en las épocas en que han despreciado, abrogado i olvidado las leyes morales que les impedían establecerse. Ahora nos hallamos en una de esas épocas duras, pero fecundas que se llaman *épocas de transicion*, i que deberian llamarse *épocas de castigo*, o de un modo mas elevado i mas cristiano, *épocas de renovacion*. Dios, a la verdad, castiga como padre, i con aquella mano con que sacude i desbarata las insolentes maquinaciones del error, pone a descubierto, i manifiesta las leyes traspasadas, aquellas leyes verdaderas, cuyo yugo debe el hombre volver a llevar.

No es de hoy que los pequeños aborrezcan a los grandes. La sujecion ha ruidido, cuando la dominacion ha sido altanera; el rico avaro ha visto siempre cerca de sí el espectro del pobre envidioso. Job se gloriaba delante de Dios de que sus domésticos no habían dicho de él en tiempo de su prosperidad: *¿Quién nos dará de su carne para saciarnos?* I esta es precisamente la imprecacion que hacían los heridos de las barricadas de junio.

¿Qué había hecho Job para merecer el afecto de sus súbditos? El mismo lo dice: «He sido bueno con mis súbditos, considerándolos como criados por el mismo Dios que yo: no he comido solo el pan, i la compasion salió conmigo del seno de mi madre.» I aun pronuncia estas palabras que podrían enseñar a los propietarios de hoy día, porque hai socialistas.

Si mis tierras por fin contra mí claman;  
Si lloran mis labores  
Usurpado el jornal, que en sus faenas.  
Debí a mis labradores;  
Si avariento me llaman  
Porque quise mis trojes tener llenas  
Pagando el sudor mal, i la fatiga  
Del pobre jornalero;  
En todo el año entero  
No se vea en mis trojes una espiga  
Jentil i bien granada,  
I en vez de cojer trigo coja abrojos,  
I espinas me vuelva la cebada.

Job XXXI 38, 40.

La Iglesia, que sabe mas que Job, la Iglesia, depositaria e interprete de una lei destinada a fundar i mantener sobre la tierra un reino de justicia i de paz, no puede menos de sentirse profundamente afectada por el estado de miseria i de dolor en que se encuentran los pueblos, i por ende, haciendoles participar de sus bienes, sino tambien!